



EN ESPAÑA.		DIRECTORA, LA BARONESA DE WILSON.	EN EL EXTRANJERO, ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.	
EDICION DE LUJO.			EN EL CENTRO DE AMERICA Y FILIPINAS.	
Tres meses.	28 reales.	Seis meses.	5 pesos.	Un año. 11 pesos.
Seis	50	Un año.	9	
Un año.	90	DIRECTOR-PROPIETARIO, JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.		
EDICION ECONOMICA.		Número 30.		
Tres meses.	16 reales.	Año II. Madrid 13 de Agosto de 1872.		
Seis	28			
Un año.	50			

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La noche en los sepulcros, por doña Luisa Perez de Zambrana.—La mujer y el poeta, por doña Maria de la Concepcion Jimeno.—La Montaña maldita, por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—Exequias de D. Carlos Rubio, por D. Gaspar Bono Serrano.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Explicacion de los grabados.

Grabado num. 1.



REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Varios periódicos franceses de modas, ridiculizan la adoptada generalmente de los tacones altos, y que no sólo es ridícula para las señoras que no tienen carruaje, sino en extremo expuesta á fracturarse un pié.

La imitacion del siglo de Luis XV, dicen, ha llegado á un extremo que se adoptan los modelos, sin saber cómo; y citamos como ejemplo el calzado con altos tacones, que en el citado siglo sólo usaban las damas de alta clase, indicando con esto que su fortuna las permitia gustar carruaje, y era así, pues jamás salian sino en carroza ó en silla de manos.

Hoy no tiene razon de ser, y repetimos que no sólo quita la gracia en su manera de andar á una señora, sino que puede exponerla á una caida

peligrosa. Tanto en este concepto, como en todo lo que concierne á la moda, debe la mujer saber elegir sin exageracion para no exponerse al ridículo como tantas veces hemos indicado y ser para sus trajes y adornos, más bien modesta que exagerada: en el primer caso, pasa desapercibida tal vez; pero en el segundo puede tachársela de diferentes modos, poco favorables, mucho más cuando tan fácil es ostentar elegancia de buen gusto, sin pretensiones de mal género, y llevando por norte la economía, tan necesaria aun en las casas que disfrutan de pingües rentas.

Para esta temporada de viajes se han hecho trajes lindísimos y que prestan á la mujer una gracia especial. Entre otros, citaremos algunos de los más notables. Dias pasados fuimos á dar el abrazo de despedida á la condesita de C..., la cual, para restablecer su quebrantada salud, salia para una de las playas cantábricas.

Su traje era gris con un ancho volante en la falda y cabecilla plegada. La polonesa cruzaba para cerrarse, á un lado del pecho, y el adorno eran botones de terciopelo grana, y una cinta de esto mismo bordeaba las anchas ondas de la polonesa: una especie de capa-paletó muy larga con manga ancha, de lana dulce gris, con cuello de terciopelo marron y grandes vueltas

para no exponerse al ridículo como tantas veces hemos indicado y ser para sus trajes y adornos, más bien modesta que exagerada: en el primer caso, pasa desapercibida tal vez; pero en el segundo puede tachársela de diferentes modos, poco favorables, mucho más cuando tan fácil es ostentar elegancia de buen gusto, sin pretensiones de mal género, y llevando por norte la economía, tan necesaria aun en las casas que disfrutan de pingües rentas.

Su traje era gris con un ancho volante en la falda y cabecilla plegada. La polonesa cruzaba para cerrarse, á un lado del pecho, y el adorno eran botones de terciopelo grana, y una cinta de esto mismo bordeaba las anchas ondas de la polonesa: una especie de capa-paletó muy larga con manga ancha, de lana dulce gris, con cuello de terciopelo marron y grandes vueltas

para no exponerse al ridículo como tantas veces hemos indicado y ser para sus trajes y adornos, más bien modesta que exagerada: en el primer caso, pasa desapercibida tal vez; pero en el segundo puede tachársela de diferentes modos, poco favorables, mucho más cuando tan fácil es ostentar elegancia de buen gusto, sin pretensiones de mal género, y llevando por norte la economía, tan necesaria aun en las casas que disfrutan de pingües rentas.

de lo mismo en las mangas, completaban este sencillo y distinguido traje, sin olvidar el sombrero, que era de paja blanca con velo de gasa marrón y cintas de terciopelo.

El saquito para llaves, dinero, billetes, etc., era de piel de Rusia, pendiente de la cintura por medio de un cinturón de charol.

En San Sebastian, dos de nuestras más bellas y elegantes damas madrileñas, lucían los siguientes trajes:

El primero era de hilo, verde muy claro con tres volantes encañonados, y á la cabeza, un ancho entredós de guipur blanco. Túnica-blusa de batista color crudo con entredoses de encaje y volante de lo mismo; éste un poco grueso: un cinturón de terciopelo negro sujetaba la blusa, y de la misma tela de ésta, era el sombrero adornado con guipur y lazo de terciopelo.

El segundo lo formaba una falda de faya color mahón, adornada con cuatro rizados dobles, hechos de la misma tela: la túnica-princesa, era de organdí blanco con rizados de lo mismo, mezclados con tul, y cinturón de terciopelo con caídas. El sombrero, forma Miguel Angel, tenía rodeada el ala con una pluma.

En Biarritz, una de nuestras amigas, muy conocida en la sociedad por su belleza y elegancia, lucía un traje de faya negra, adornado con escarolados y cabecillas negras y color perla, lo que es de bellísimo efecto. La túnica, graciosamente recojida y adornada con encajes blancos, era de granadina negra lisa.

Para baile de casino, aconsejaremos un vestido de gasa de Chambery color de yema, con bullonados de gasa y tul. Corpiño Luis XV, con chaleco de seda del color del traje ó blanco, con escote cuadrado y aldetas muy largas, forma frac; lazos de raso de color más vivo.

Uno de los objetos más necesarios, pues con él se varía hasta lo infinito, es una túnica de quipur blanca, negra ó de color crudo, con cinturón igual á la falda ya sea ésta azul, verde, rosa, morada, etc., en el caso de ser blanca, entonces el cinturón sería ó azul, escocés ó romano.

No describiremos los trajes que las inglesas, han hecho adoptar á las damas francesas, sino como un modelo de elegancia, pues por lo demás, siendo bastante elevado su precio, no están al alcance de todas las fortunas.

Distinguidos, de la mayor novedad y de un buen gusto sin rival, son esos vestidos de gasa argelina blanca, bordados con sedas de colores, rosa azul, verde, maiz, violeta ó morado oriental, y cuyo dibujo son carácter árabes. Las túnicas-blusa de gasa argelina, se usan sobre una falda del color del bordado.

Pero como la mayoría de las señoras, desean modelos cuyo módico precio no pueda causar trastorno alguno en los gastos establecidos en su casa, ó porque juiciosamente comprendan que, hoy es tanta la variedad de trajes que es inútil costear uno que al poco tiempo esté inservible, citaremos dos ó tres bonitos, pero sencillos y de poco coste.

Uno de ellos es de lanilla mezcla gris y verde muy claro. Un ancho volante guarnece la primera falda, formando la cabecilla dos rizados de fular uno y otro gris. La sobrefalda tiene al borde el mismo adorno, y éste sube por las aberturas de los costados hasta la cintura; puff moderado. La chaqueta cierra hasta el talle y despues forma cuatro aldetas abiertas adornadas con un bullonado, y los dos rizados gris y negro, que forman tambien la berta, y las carteras de las mangas, que son semi-ajustadas: un velo blanco ó negro, ó sombrero de paja, puede completar este traje.

Otro sencillo y bello, es de granadina gris tierra, con un volante al borde de la falda, pero sólo hasta los costados, pues el delantero tiene cuatro, figurando delantal y guarnecidos con terciopelo negro ó morado. Chaqueta Luis XV, con largas aldetas por detrás y formando chaleco por delante, con los mismos adornos de terciopelo y un fleco gris.

Nada más sencillo que este modelo, y sin embargo, puede llevarlo la persona más elegante.

De percal francés, color verde Nilo, es otro sencillísimo y que lo mismo puede lucirse en el campo que en la corte.

Dos volantes con cabecillas rizadas sostenidas por trenchillas blancas adornan la primera falda; la chaqueta es abierta en los costados con aldetas cortas por detrás y largas por delante y sobrefalda formando en el delantero dos hojas lisas

y puff plegado con un volante: más sencillo será con la falda y la chaqueta sola sin que por eso deje de estar bonito.

II.

En la hoja de dibujos de nuestro número último, y perteneciente á la edicion de lujo, habrán visto nuestras lectoras dos modelos bellísimos para pantallas de pié y que son de la mayor novedad; pueden bordarse con sedas de colores sobre piel, terciopelo, seda ó paño: el armazon será de caña, palo santo ó bambú.

El grabado que completa la zapatilla de nuestro número anterior es la banda de los lados, y ya hemos indicado cómo se debe bordar.

La banda de crochet para un gorro griego es bellísima, y en el número del día 13, daremos el fondo y el gorro armado, pues sirve esta labor para hacer un lindísimo obsequio.

Se hace á crochet cuadrado; el fondo con torzal azul, y los panecitos con torzal negro.

Se trabaja con los dos puntos de color sin cortarlos, porque al ejecutar el dibujo negro, se pasa la seda por detrás, interin se hacen los azules para empezar despues los otros negros.

El gorro se empieza por el centro del fondo, dando la vuelta y creciendo á cada vuelta para que quede completamente plano; despues de haber hecho veinte vueltas, se suspende el crecer, el fondo está concluido, y para la banda se ejecutan 19 vueltas.

Se forra con seda azul, y otro segundo forro de seda negra, poniendo en el borde interior, una banda de dos ó tres dedos de tafete negro.

En el centro del fondo se coloca una borla de seda azul y negra, con un boton de pasamanería.

Para un día de santo, ó cumpleaños es un regalo no sólo útil y apropiado, sino de buen gusto.

No concluiremos sin recomendar de nuevo las *servilletas mágicas Gard*, tan indispensables para que la plata y los metales conserven su brillo de nuevos: en la plana de anuncios van marcados los precios de este utilísimo descubrimiento, único y especial en su clase, y cuyo exclusivo depósito se encuentra en la Administracion de nuestro semanario.

El *Agua maravillosa de las Rosas de Grecia*, es la que únicamente puede devolver al rostro la frescura y la juventud de los 25 años; ella borra las arrugas causadas por el tiempo ó las amarguras, ella presta sonrosado al cutis y además de su delicioso perfume, encierra las cualidades de no ser nocivo en manera alguna, siendo propiamente dicho la verdadera *Agua de la juventud*.

Tambien el cofrecito del mismo nombre, es útil y necesario para viaje, y se vende á 140 reales, en una preciosa caja.

Baronesa de Wilson.

LA NOCHE EN LOS SEPULCROS.

Ceñida de azucenas tembladoras,
Y coronada de ópalo y rocío,
Se siente ya la entristecida tarde,
De la noche en el pórtico sombrío.

Allá en el borde azul del horizonte
Leve surge una estrella vacilante,
Y sobre el pino que en la cumbre vela,
Tiembla como una geta de diamante.

Sobre la frente azul de la montaña,
La tersa luna en el confín lejano,
Brilla como una garza luminosa,
Parada en la ribera del Oceano.

Y luego inmóvil y pausada sube
Por el éter que oscuro se dilata,
Y detrás del encaje de una nube,
Llueven reflejos de celeste plata.

En tanto yo al santuario de los tumbas,
Inclinada la frente pesarosa,
Dirijo el paso, y en la yerba triste,
Mi sombra se proyecta silenciosa.

Ya sobre el arco del umbral sombrío,
Apoyó la cabeza dolorida,
Y en las orillas de este mar contemplo
El lúgubre naufragio de la vida.

¡Oh noche! en estas líneas de sepulcros,
¡Qué tristes son tus enlutadas huellas!
¡Qué tristes en tu clámide fulguran
Como lágrimas de oro las estrellas!

¡Qué pálidos los nardos se levantan
Como vasos de nácar solitarios!
¡Parecen ¡ay! del templo de las tumbas
trémulos y perennes incensarios!

Sus divinos sollozos en la sombra,
El ave mústia de la noche vierte,
Ya pasan los celajes figurando
Góndolas silenciosas de la muerte.

Allá el ciprés como un espectro inmóvil,
Los apartados túmulos soñorea,
Y el ángel del dolor bajo sus ramas
Con funeral silencio se pasea.

¡Oh noche! ¡qué solemne se recoge
El pensamiento tétrico en sí mismo,
Que aquí la vida silenciosa cae,
Sin despertar un eco en el abismo!

¡Arcangel tenebroso de la muerte
Que suspendido por los aires vagas!
¿Con qué poder el sentimiento velas?
¿Con qué poder el pensamiento apagas?

¿Cómo detiene tu invisible mano
El latido de un seno palpitante?
Y ¿cómo ¡oh Dios! de las unidas almas
Desata la cadena de diamante?

¡Nubes que destilando albo rocío,
Como sudarios vais por las alturas!
¡Luna, que en urna de alabastro, flotas
Del firmamento azul por las llanuras!

Ave, que sobre el fúnebre obelisco,
insomne lloras con doliente calma,
¡Oídme! en este valle de la muerte
Un inmenso recuerdo tiene mi alma!

¡Un inmenso recuerdo! á cuya sombra
Siempre cubierto de enlutadas tocas
Gime mi corazón, como las aguas
Que se oyen sollozar bajo las rocas.

¡Ay! que sobre esta losa mis pupilas,
Como lloran las nubes han llorado;
Y al pié de este sepulcro bendecido
Como velan los astros he velado.

¡Oh noche, haz que se eleve ante mis ojos
Solo una vez, la losa que lo encierra!
¡Y haz que temblando de dolor, lo mire
Dormido en un sarcófago de tierra!

Y luego al oscilar de las estrellas,
Por tu llanto de plata humedecida,
Que me halle el huesped de las tumbas tristes
Sobre la yerba inmóvil y sin vida.

Luisa Perez de Zambrana.

LA MUJER Y EL POETA.

UN RECUERDO A LA ILUSTRADA SEÑORA, A LA INCOMPARABLE AMIGA

DOÑA EMILIA LLULL DE PIQUER.

La mujer tiene puntos de contacto con el ángel, el poeta con la mujer.

Grande, sublime, es la misión de estos dos seres en el mundo.

Dios ha mandado la mujer á la tierra para que muestre al hombre el camino del cielo.

Dios ha concedido al poeta su génio privilegiado para que cante á los mortales las bellezas de lo inmortal.

El génio del poeta es la revelación de uno de los misterios

del Eterno; es una armoniosa nota despedida de las melodías célicas; es un eco de los arpados acentos de los querubines, un acento del mundo infinito, desterrado á este mundo fugaz.

El poeta y la mujer se asimilan en su fisonomía moral.

Los dos abren sus corazones á las delicias del idealismo, dejan vagar el espíritu libre de toda traba por el Elíseo de sus sueños, y se crean un universo más seductor para ellos, que los jardines de Hiram para los musulmanes.

El poeta y la mujer aman las artes, la gloria, la belleza, lo fantástico, lo misterioso, lo difícil de obtener.

Son dos almas que se adhieren como el murmullo á la ola, el rayo del sol á la superficie del manso lago, el susurro al viento, y la lágrima de la aurora al cáliz de la flor.

El alma de la mujer es un himno constante.

El alma del poeta es la música vaporosa escapada á las áureas cuerdas de la ebúrnea guzla de la sultana, el hálito de las auras al mecerse en las ramas frondosas del bosque.

¡Oh, si las almas tuvieran sexo, el alma del poeta sería alma de mujer!

Tan inagotable es el raudal de su ternura, tan copioso el límpido manantial de sus elevados sentimientos.

El poeta y la mujer se comprenden.

Comprenderse es casi amarse: el poeta y la mujer se aman; están unidos por los inmateriales lazos del parentesco espiritual.

Sus miradas, sus pensamientos, se encuentran sin buscarse, como se encuentran el águila y el condor en los espacios.

El poeta y la mujer cruzan este inmundo lodazal con las alas immaculadas; semejantes al armiño, morirían antes que perder su blancura.

Cual las Náyades del arroyo, no se manchan en la arena; cual las Dríadas, atraviesan las cimas de los montes sin hollarlas; cual las Nápeas, viven en la floresta sin pisar el césped.

Los poetas han sido siempre calumniados; el vulgo les ha apellidado utopistas, ilusos, locos, del mismo modo que ha denominado romántica á la mujer, que ha fluctuado sobre la generalidad.

Para el estúpido asombro del vulgo es romántica la mujer que sobresale, ya por su inteligencia, ya por un carácter original.

El vulgo habla, mas no piensa, y al encontrar poco común á una mujer, no se detiene á juzgarla, porque es impotente para ello; mas cree haberlo dicho todo dándole el dictado de romántica, que de fijo está bien lejos de merecer.

Perdonemos á ese vulgo que tiene la sindéresis enferma, y miope la inteligencia.

Sólo así se concibe que calumnie al poeta y la mujer.

¿Qué sería el mundo sin ruisseñores, jilgueros, mujeres y poetas?

Un árido desierto.

El poeta nos da fuerzas para soportar la vida real embelleciéndola notablemente, nos inspira las más grandes acciones y nos conduce por medio del ideal á las regiones celestiales.

No creais que doy el título de poetas á esos histriones del entendimiento que pululan por doquier armados con su caja de consonantes, más funesta á la literatura, que la caja de Pandora al linaje humano.

Los que pasan su vida limando y bruñendo con ímprobo trabajo pensamientos vacíos de sentido que la métrica divide en líneas desiguales, no son poetas.

Son poetas aquellos seres á quienes Dios ha puesto el estro en el alma, el númen en la inteligencia, la lira y el plectro en la mano.

La poesía no estriba en la vana sonoridad de los versos, ni en la cadencia de la rima; la poesía es la idea alimentada por la sávia de la sensibilidad.

¿Qué es poesía? pregunto, y me dan los retóricos la siguiente definición:

«Poesía es la bella imitación de la naturaleza por medio de la palabra, sujeta á una forma artística.»

¿Qué es poesía? repito, y me contesta el sentimiento:

«La poesía es el idioma del corazón, como la música es el místico lenguaje del alma.»

Investigo más, y el sentimiento me presenta cuadros que yo querría perfilar como un encenógrafo, y de los cuales no puedo hacer más que una somera descripción: tal es la impericia mía.

Observadlos: una jóven madre está velando la cuna de su hijo en una de esas noches que la luna envuelve en cendal de plata: sus fatigados ojos espían con incansable anhelo el más leve movimiento del niño; sus párpados, que no cierra

el insomnio, se fijan en la frente del inocente con el júbilo que deben sentir los ángeles al vislumbrar la imagen de María.

¿Qué es la expresión reflejada en el semblante de esta madre? ¿Qué su acariciadora mirada?

Una balada de amor.

Pálida y triste, una adolescente se aproxima al lecho de

Grabado núm. 2.



su moribundo padre: éste fija la vista en el rostro de su hija para contar en él los momentos de vida que le restan, y al comprender la desolada que esto sucede, ensaya un aspecto tranquilo, una ficticia más dolorosa que la agonía del paciente, para hacerle creer que hay esperanza de salvación.

¿Qué es esta lúgubre sonrisa?

El antifaz de la pena, la brillante epopeya de un alma

amante, un canto épico digno de la pluma de un bardo inmortal.

¡Oh! no lo dudeis; la poesía existe en el hogar, aunque lo nieguen los misántropos y pesimistas.

Los verdaderos poetas, los apóstoles del sentimiento, los intérpretes del corazón, la cantan porque la sienten.

No desoigais á esos seres que traducen el trino de las



EL ÚLTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

3072

aves, las armonías del bosque, el misterioso silencio nocturno, los suspiros de la brisa, y la melancolía de un crepúsculo.

Atended á los que cantan los sueños de la vírgen, el ¡ay! del triste, la tímida queja del afligido, el santo perfume de una plegaria y la belleza de la virtud.

Amad al poeta: mientras el filósofo levanta una punta del velo que cubre las miserias de la vida, el poeta tiende sobre ellas una capa de flores; porque es preciso confesar que la realidad suele ser muy fea, muy repugnante, y que es criminal el estoicismo del filósofo al arrancarle á la estatua de la verdad su crespon.

El escultor y el poeta crean: el filósofo y el excéptico destruyen.

Las ideas del excéptico al hacer estúpido alarde de su pirronismo, son la mano de hielo que petrifica, que marchita cuanto toca.

La filosofía del excéptico, os dice: duda. La doctrina del poeta, espera: esto es más consolador.

Si como dice Píndaro «la vida es el sueño de una sombra», ¿qué importa vivir de ilusiones y sueños seductores?

Arrebatat al alma las ilusiones, es más cruel que cortar las alas á una banda de golondrinas.

¿Por qué someter las cosas bellas á un frio análisis que nos desencanta, que nos hiela?

El botánico destruye la rosa al examinarla, y se mancha de sangre al descubrir sus espinas.

El poeta no le pide á la rosa más que el perfume; la contempla, dominado por el sentimiento estético; goza de ella sin destrozarla, le tributa admiracion, amor, entusiasmo, y la respeta cual el egipcio á la flor del loto.

El astrónomo, fijo en su observatorio, quiere averiguar el número de las constelaciones y seguir la rotacion de los astros, ayudado de su telescopio; el poeta no tiene tal soberbia; se humilla ante los cuerpos celestes y no les pide más que luz en sus lóbregas noches.

El naturalista, con su escalpelo anatómico, descompone el cuerpo de la luciérnaga y reduce la preciosa mariposilla á misero esqueleto; el poeta sigue con las alas de la fantasía á la mariposa, canta sus bellos colores, su inconstante giro, presentándonosla en el esplendor de su belleza.

El poeta es el fotógrafo de la creacion, el misionero enviado por la Providencia.

Un poeta ateo me parece tan imposible como la luz en el alma del réprobo.

No; mil veces no. El ateo puede ser gran versificador, mas no poeta.

El poeta ve á Dios con los inmateriales ojos del alma; el poeta cree, ama y espera; por eso canta la virtud.

¡Gloria inmortal al poeta, que canta la virtud!

¡Loor á la mujer, que le inspira fé para cantarla!!!

María de la Concepcion Jimeno.

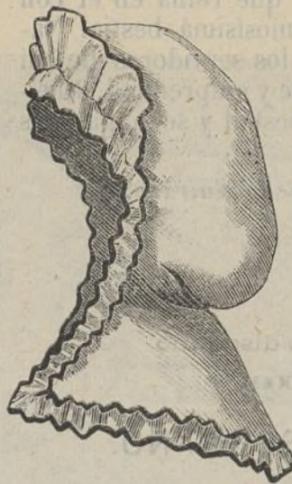
Grabado núm. 3.



Grabado núm. 4.



Grabado núm. 5.



LA MONTAÑA MALDITA,

FOR LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Continuacion.)

—Muy crudo es en verdad,—contestó Marta con desfallecida voz;—pero hoy cumples treinta y cinco años, hijo mio, y la que te dió á luz en esta misma hora no debia dejarla pasar sin bendecirte y felicitarte.

—Era excusado ese trabajo,—replicó el ganadero sin ponerse en pié ni ofrecer silla á su madre;—pero ya que os le habeis tomado, id con mis pastores á tomar algun refrigerio.

—Me siento bastante fuerte,—dijo la anciana dando diente con diente, y pudiendo apenas sostenerse;—descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y la única gracia que te pido es que me dejes estar á tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohin de fastidio, pero mandó que acercasen silla á la chimenea, y expresó con una seña que permitia á la anciana el ocuparla. Tiempo era ya, pues la pobre mujer iba á caer en tierra, sucumbiendo al frio, á la fatiga, y á la emocion de su alma en aquellos momentos.

—Ha sido locura, impropia de vuestra edad,—dijo ásperamente Muller,

—subir la montaña en un dia tan malo; si algo necesitabais pudjsteis decírselo á vuestro compadre Heber, que me ve con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo era verte y oírte, hijo mio,—repuso con timidez y turbacion la desgraciada Marta.

—Y ¿qué pensais hacer ahora?—preguntó el ganadero:—¿cómo regresaréis á vuestra casa con tiempo tan atroz?

—No tengo casa,—dijo balbuciente la anciana.—Esperaba que me harías la merced de recibirme en la tuya hasta que...

Walter no la dejó acabar la comenzada frase.

—Imposible,—exclamó:—no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar más de eso. Os daré algun dinero para que os proporcionéis asilo; pero debeis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó á Marta aquella inaudita dureza, la prestó momentánea enegía y, con voz más firme que hasta entónces, pronunció estas palabras:

—¿Me arrojarás de tu hogar, á mí, á tu madre, en el mismo dia, á la misma hora en que tuve la desgracia de echarte al mundo, para modelo de ingratitud y de barbarie?

¡Walter! ¿es cierto que me echas de tu casa á perecer helada delante de tus puertas?

—¡Vive Dios!—gritó enfurecido el ganadero.—No en vano me he enojado con tan inoportuna visita. ¿Reconvenciones ahora? ¿Cuál es la ingratitud que me echais en cara? ¿qué es lo que os debo? Si me arrojásteis al mundo no fué ciertamente por hacerme bien; y cuando á fuerza de trabajo he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi nacimiento, ¿venis á recordármelo con impudencia, y me acusáis de barbarie porque no me postro á vuestros extravagantes caprichos? ¡Acabemos, señora! Si quereis vacas ó comestibles, haré se os lleven al paraje que indiqueis; pero dejadme tranquilo, y terminemos al punto esta desagradable entrevista.

—¡Cruel! ¡cruel!—prorumpió la anciana con indescribible acento,—¡mátame y no me hables así! ¿Quieres afrentarme, delante de tus criados?... ¡Oh! ¡eso es horrible, Walter! ¡eso es odioso!

—¡Retiraos, pues!—dijo con ademán imperioso el ganadero,—y no me obligueis á trataros como no quisiera. Retiraos pronto, señora, guardándoos en lo sucesivo de poner os en mi presencia.

Quiso obedecer la anciana, mas no se lo permitieron sus fuerzas, y, perdiendo la dignidad que por un momento le prestaron la indignación y el dolor, se abatió completamente, hasta recurrir á las más humildes súplicas.

—No me arrojes de tu casa, ¡hijo mio!—dijo juntando sus manos.—Mira, ya es de noche, está lloviendo, hace frío. No me arrojes de tu casa á semejante hora, con este crudo tiempo; ten compasión de la madre que te ama. Recuerda que te has abrigado en mis entrañas, que te has criado á mis pechos, que he trabajado quince años para mantenerme. Si ahora soy un ente inútil, una vieja impertinente, ten indulgencia y perdóname.

—¡Os he dicho que me dejéis tranquilo, votó á sanes!—exclamó Walter, dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal susto á su madre, que se echaron á reír los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena.

Marta, empero, no recobró con todo esto su cólera y su energía, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me iré muy lejos apenas sea de día: me iré, Walter, te lo prometo,—repetía la infeliz.—Sólo pido que me permitas pasar la noche debajo de tu techo, aunque no sea más que por ser aniversario de la primera que pasaste en mis brazos. Si no quieres verme, me ocultaré de tu vista. ¿No tienes en un hermoso establo á tu ternera blanca? Pues bien, me iré con ella, dormiré á su lado, y te la cuidaré como á las niñas de mis ojos. Sé que es un gallardo animal y te merece cariño. Me alojaré en sus establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedís!—dijo Walter con una carcajada, que repitieron en coro los pastores.—¡El establo de mi ternera blanca... tened entendido que ese establo es un palacio, según lo llaman en el país, y que reina en él con propiedad absoluta y exclusiva, mi hermosísima bestia. Nadie entra allí, señora, nadie, sino yo y los servidores de mi favorita;—así pues, cesad de molestarme y emprended, vuestro camino, antes que arrecie la tempestad y se haga más oscura la noche.

(Se concluirá.)

EXEQUIAS

de mi querido y malogrado discípulo

CÁRLOS RUBIO,

por

DON GASPAR BONO SERRANO.

(Conclusion)

VII.

Así que respetuosos
Por verja de hierro entramos
De San Justo, el Niño Mártir,
En el triste campo santo,

El francés y el alemán,
Y el ruso y americano,
Sus ya canosas cabezas
Descubrieron mesurados.
Yo me descubrí también,
Y con el sombrero en mano,
Lleno el corazón de angustia,
Me aproximé á lento paso
A la mansion del olvido,
Hacia el nicho solitario,
Que encierra de mis alumnos
Al más querido y preclaro.
El guarda del cementerio,
Sus deberes no olvidando,
Hisopo y agua bendita
Me dió devoto y cristiano.
Comencé al punto el responso,
Pidiendo por el descanso
Inefable y paz eterna
Del trovador malogrado.
Los extranjeros piadosos,
Sensibles al tierno llanto,
Con que yo triste rezaba,
Mi plegaria acompañaron.
Terminada la oración,
Y la lápida rociando
Del túmulo en que reposan
Yertos despojos del Bardo,
Mis ojos humedecidos
De lágrimas levantando
Hacia el trono del Eterno,
Que es Padre de los humanos,
Y fijándolos después
En la lápida de mármol,
Que cierra el angosto nicho,
Así dijeron mis labios:

VIII.

Feliz poeta, que en edad temprana
Al término llegaste de la vida,
Después de lamentar desvanecida
Tanta, tanta ilusión, cual sombra vana;
Del siglo diez y nueve la inhumana
Generación soberbia y descreída,
Tu pobre lecho y honradez olvida,
Y alto valer... ¡Ingratitud insana!
Mas ¿de qué sirven lúgubres cantares
A tus coronas de laurel y hiedra,
Si no puedes, cadáver, escucharlos?
El viejo que lloraba en tus pesares,
Al ver tu sepulcral humilde piedra,
Ruega por tí al Señor, querido Carlos.

IX.

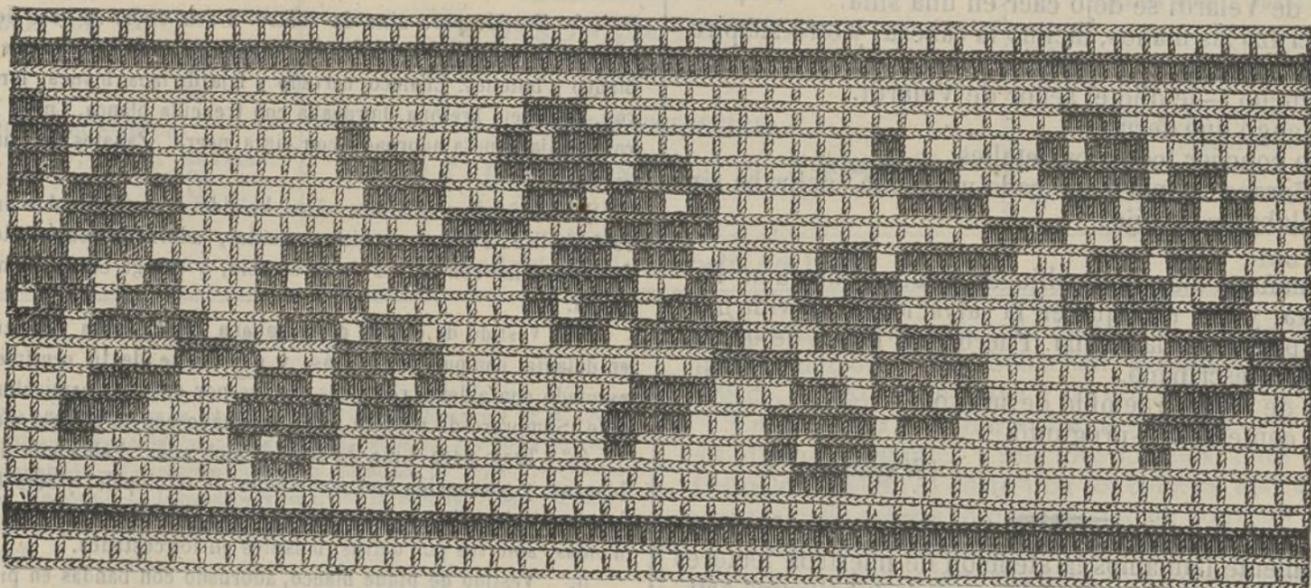
Los extranjeros y el guarda
Oyeron enternecidos
Mis anteriores acentos,
Que pronuncié entre suspiros.
Abandonamos al punto
Aquel fúnebre recinto
Donde dejar para siempre
Suelen al muerto los vivos.
Silenciosos al carruaje
Del americano rico,
Banquero allá en su país,
Todos de nuevo subimos.
Apenas una palabra
Hablamos por el camino,

Que en panorama risueño
Embellecen altos riscos
Del Guadarrana lejano,
Y próximos caseríos
Que en sus márgenes ostenta
Manzanares cristalino,
Y mas allá el régio alcázar,
Gloria de Felipe Quinto,
Y templos y campanarios,
Que escuda la cruz de Cristo,
Y palacios y boardillas
De modestos edificios.
Al ver aquellos señores,

Pálido, triste, sombrío,
Mi semblante por la escena,
De que eran fieles testigos,
Respetaron mi silencio;
Hasta que yo agradecido
A su indulgente bondad,
Y un poco ya más tranquilo,
Les pedí me perdonasen
Involuntario desvío,
Pues téticos pensamientos
Me tenían abatido.

(Se concluirá.)

Grabado núm. 6.



EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMERES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

CAPÍTULO XI.

La muerte decide.

Otros tres dias pasaron y el señor de Velardi recibió una carta en que Plácido le decia:

«Estoy trastornado por el dolor.

La señora baronesa acaba de morir.»

El escrito no podia ser más lacónico; pero tampoco más expresivo.

Dejó escapar un grito destemplado el señor de Velardi.

Volvió á leer, y quedó inmóvil y con la mirada fija en el manuscrito.

Lo que sentia no puede hacerse comprender.

Largo rato pasó sin que articulase una sílaba.

Su rostro se habia tornado lívido y se habia desfigurado.

No podia convencerse de que la baronesa hubiese muerto.

Se pasó las manos por la frente, que tenia bañada en frío sudor, y como si en un instante recobrará la energía, púsose en pié; tomó su sombrero y salió de su casa para buscar un carruaje y correr á la casa de campo.

El golpe era terrible.

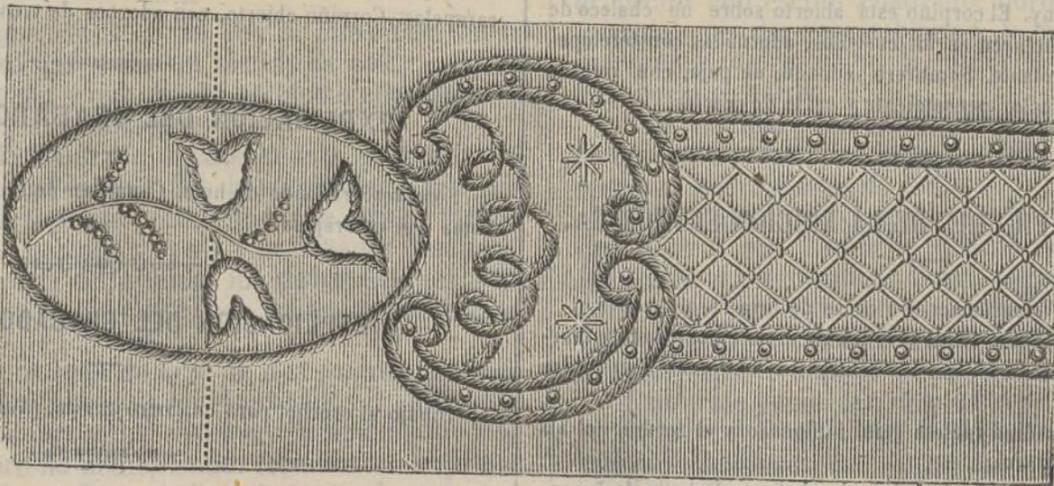
Por poco espiritual que fuese la pasion del señor de Velardi, era al fin una pasion.

Mientras se alejaba de Madrid, reflexionaba sobre la nueva situacion.

La muerte se habia puesto entre él y la baronesa; pero no resolvía todas las dificultades.

Quedaba Alberto, que habia prometido vengar á la viuda, y cumplia su propósito.

Grabado núm. 7.



Además era posible que la infeliz, convencida de que no podia salvarse, hubiera hecho declaraciones de mucha gravedad con respecto á su hijo.

Cuando el señor de Velardi pensó esto, se preguntó:

—¿No me amenaza un peligro en la casa de campo?

Y estuvo á punto de retroceder para volver á Madrid y salir inmediatamente de España.

Era forzoso que la baronesa hubiese

se otorgado testamento, y al hacerlo así, tenia que hablar de su hijo, diciendo donde se encontraba.

Todo esto aumentó considerablemente el sufrimiento del señor de Velardi.

Por fin decidió jugar el todo por el todo, pues aún no

queria convencerse de la espantosa realidad. Llegó á la casa de campo.

Allí habia muchos carruajes de personas que se le habian anticipado.

Miró á su alrededor recelosamente el miserable criminal.

Otra vez dudó.

Empezaban á faltarle las fuerzas.

Por su fortuna le salió al encuentro Plácido.

—¡Ah!—exclamó el hombre misterioso.

El esposo de Maricota, exhaló un suspiro.

—Es preciso que hablemos antes de que yo entre en esta casa.

—Pues venga usted... Por aquí, en aquel pabellon.

Atravesaron una parte del jardin sin que nadie hubiese fijado la atencion en ellos.

Entraron en el pabellon.

Allí podian hablar con entero descuido.

El señor de Velardi se dejó caer en una silla.

Plácido cruzó las manos, inclinó la cabeza, y otro suspiro se escapó de su pecho.

—Te escucho,—le dijo el señor de Velardi.

—Poco tengo que decir.

—Quiero conocer todos los detalles.

—La señora se ponía peor cada momento, deliraba sin cesar, y hablaba de su hijo.

—¡Oh!

—Esta mañana temprano, dijo el médico que ya no habia esperanza, y que más que en la salvacion de la vida material debia pensar en la eterna. Fueron en busca de un sacerdote y de un escribano.

El señor de Velardi tembló de nuevo.

—¿Y ha confesado?—preguntó.

(Se concluirá.)

Especialmente llamamos la atencion de nuestros lectores y les recomendamos la lectura del inspirado y bellissimo artículo, *La Mujer y el Poeta*.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Vestido de faya color verde muy claro. Volante poco plegado, con una banda ondeada en cada extremo y bordeada con un biés más oscuro. Corpiño abierto, con postillon por detrás; largas aldetas con tres series de encaje negro, forman una especie de segunda falda en el delantero del traje. A cada lado del postillon hay una banda de faya, y siete escalonados caen sobre la falda. Manga de codo adornada con encaje, abrazadera y lazo de faya. Sombrero de paja de arroz, adornado con faya del color del traje, y cinta rosa: pluma blanca y caída de encaje.

2.º Vestido de seda, negro, tableado en toda su longitud. Túnica de batista color crudo; drapeada con gracia, y guarnecida con tres bandas de terciopelo y guipur de Cluny. El corpiño está abierto sobre un chaleco de seda negro; aldetas que concluyen en los costados, adornadas con terciopelo y guipur. Manga con volante. Sombrero redondo, de paja, con velo de gasa blanca; lazo de faya, color pensamiento y caída de acacias.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

1.º Cuello de encaje Valenciennes con cocas de faya rosa ó malva.

2.º Sombrero de paja color crudo, cordon de cinta color crudo y marron; pluma marron y caída de follaje. En el interior, bullonado con bridas de encaje.

3.º Sombrero de granadina inglesa gris, bullonado y el cordon del ala azul, con margarita y lazo azul.

4.º Corpiño de fular azul celeste formando chaleco. Volante de 5 centímetros al borde. Aldetas abiertas; biés á la cabeza del volante. Manga ajustada con volante y biés.

5.º Cuello para corpiño abierto, con entredos de guipur.

6.º Fichú de muselina con lunares.

7.º Manga igual al cuello número 1.º

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Vestido de fular blanco con dibujos Pompadour. Falda lisa de semi-cola. Corpiño con aldetas abiertas. Manga de codo con guarnicion al borde. Manteleta redonda con punta cuadrada, adornada con guipur y rizado de cinta. Sombrero de paja belga, con caídas de encaje y guirnalda de flores.

2.º Vestido de hilo color crudo. Un volante de 45 centímetros, plegado. Túnica con solapas, bordeada con un volante de 4 centímetros: bolsillos con botones; dos volantes á cada lado y puff. Corpiño con escote fichú, biés y guarnicion plegada. Sombrero pastora de paja de arroz, con caídas de gasa y lazos de cinta. Manga estrecha. Zapatos Luis XV.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Vestido para niño de cuatro á seis años; se hace de paño azul ó merino. Pantalón breton sujeto á la rodilla, adornado con trencilla ó galon blanco y botones. Chaleco cerrado y faja de lana blanca, formando cinturón. Chaqueta bretona, bordeada con trencilla blanca. Cuello bajo. Sombrero de paja gruesa adornada con cinta negra. Zapatos de charol y botines grises.

2.º Niña de seis á diez años. Vestido de poplin color paja; la primera falda lisa. Túnica cortada en puntas, adornada con terciopelo y fleco. Corpiño suizo con barras de terciopelo, y manga corta. Camisolín de muselina.

3.º Vestido de poplin color habana claro. Falda lisa, túnica redonda en delantal con puff por detrás, y un volante de 10 centímetros. Corpiño escotado con aldetas redondas, rectas por delante; camisolín de percal listado. Sombrero de paja de arroz adornado con terciopelo marron.

4.º Traje para niña de ocho á doce años. Falda con listas negras y blancas, y guarnecida con medallones de terciopelo, y sutache blanco. Paletó semi-ajustado, de faya negra con tres series de terciopelos: aldetas redondas, abiertas por detrás; bolsillos en los costados.

5.º Vestido de piqué blanco, adornado con bandas en picos, bordeadas con negro. Corpiño con aldetas y berta redonda. Sombrero de paja con pluma blanca. Botas de piqué abotonadas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

Traje para baño de tela rayada; pantalón adornado con cinta de sarga negra y lazos. Chaqueta moblot, con tabla y capuchon; y guarnecida con sarga.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Traje para baño.—Pantalón y blusa; un volante con dobles cintas encarnadas y una serie de botones adorna el pantalón, la blusa recojida con escarapelas. Corpiño abierto, con adornos de trencilla.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 5.

Sombrero redondo de hule. Capuchon de hule con rizados, y zapatos de goma con escarapela.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 6.

Dibujo al crochet para un gorro griego. (Véase labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 7.

Dibujo para el contorno de la zapatilla. (Véase labores.)

MADRID: 1872.—Imp. de Santos Larxé, Río, 24.